

ELOGIO DE LA PALABRA

Por GONZALO RESTREPO JARAMILLO

En el principio era ya el Verbo.

Loemos la palabra que fue dada al hombre por el Verbo.

Por ti las ideas adquieren forma. Sin ti dormirían en el fondo del cerebro, larvas que no podrían nunca desplegar sus alas. Serían la posibilidad nunca realizada, el mañana permanente, el tesoro inútil del avaro.

Por ti las ideas se derraman sobre el mundo en cascada inagotable, que tiene la música de las esferas celestiales y el brillo esplendoroso del arco iris. El cerebro pensante se convierte por ti en sembrador universal, en el poder fecundante por excelencia, en vehículo de comunicaciones. Cuando te das a los demás en la entrega maravillosa de tu propia hermosura y envuelves las ideas en mantos tan sutiles y delicados como no los tuvieron los lirios del campo, cuando pasas de un alma a otra y empiezas la cadena de la comunicación espiritual, conocen los hombres al príncipe de los sembradores: el Maestro.

Fluyes de su boca como una fuente cristalina de líquidos arpegios que desgrana el tesoro de inefables armonías. Enciendes en el discípulo lumbres misteriosas. El pensamiento se une al pensamiento y engendra otros nuevos y parece que la creación se ensanchara por la virtud de un nuevo fiat. Allá en el fondo del cerebro, en ese punto misterioso donde el alma inmaterial se apoya en la materia y la pobre célula anatómica realiza sin saberlo el proceso maravilloso de las abstracciones y pasa de la sensación al pensamiento, de lo concreto a lo universal, del género a la especie, la palabra del Maestro es como un botón eléctrico que encendiera iluminaciones fantásticas. El pensamiento que tú engendras, oh palabra, es como el alud de nieve que crece y aumenta vertiginosamente en la elación atropellada de su fuga. Es Sócrates que amaestra a Alcibiades, Solón y Licurgo que fundan estados, Pablo de Tarso que habla del Dios desconocido, y, por encima de todo es Aquel que manda aplacarse a las olas, andar a los paralíticos, oír a los sordos y no pecar a la pecadora.

Cómo evocas, oh palabra. Dices estrella y la imaginación se representa los glóbulos inmensos e innumerables que pueblan de luz

y llenan de escondidas fuerzas los ámbitos inmensos del curvado espacio. Dices sol y vemos arder en la combustión espantosa del padre Apolo los elementos encendidos que sostienen en la tierra la vida de los seres y almacenan en el carbón humilde y en el átomo inquieto las fuerzas del porvenir; dices muerte y surge ante nosotros la pálida niveladora que reduce a los soberbios, exalta a los humildes, sublimiza a los héroes y nos sobrecoge a todos con el pavor tremante del misterio; dices tiempo y la sucesión de las horas se extiende como la corriente de un río cuya fuente ignoramos y cuya boca se sume en la eternidad. Pero cuando dices eternidad nos sobrecoges con el espanto de lo trascendental, con la noción de algo que adivinamos y no comprendemos, de algo que funde en la posesión perfecta de Boecio lo fugaz del instante con la permanencia definitiva.

Cuán dulce cuando arrullas en el deliquio del amor. Eres suave, discreta, tímida, constante, encendida, excelsa, suplicante, imperiosa, ruberosa, audaz, vacilante, cálida, dormida, pertinaz, incansable, reiterada, halagüeña, musical, clamorosa, desolada, expectante, y cuando has agotado el tesoro de tus maravillas llegas a la perfección humana con la monótona salmodia de las canciones de cuna, en que tú y la música os confundís en la unión perfecta de lo bello y lo dulce.

Cuán grande en tus cóleras! León que encrespa las melenas y sacude las garras, gritas, ruges, insultas, despedazas, confundes, atormentas, golpeas, hiendes, desuellas, maldices y eres como una fuerza cósmica que se escapara rebelde y salvaje de su cárcel.

Cuán majestuosa en la sublimidad de la elocuencia! La clámide de Demóstenes, la toga de Cicerón, la capa nobilísima de Bossuet recatan en pliegues armoniosos la dignidad de tu figura. Pones a tu servicio todas las esclavas de la belleza. La música de los vocablos, agudos unos como clarines, graves otros como truenos lejanos, sordos estos como atambores en una marcha fúnebre, vibrantes aquellos como las campanas en la Pascua de Resurrección, cortos, largos, apagados, tiernos o enfurecidos, pero entremezclados todos en la sinfonía subyugante. Todo lo utilizas y todo lo embelleces: la medida de las cláusulas que tornea los períodos como ánforas griegas; la brillantez de las imágenes que atraviesan el ágora como una teoría de doncellas en la procesión solemne de la Acrópolis; la desnudez de la lógica que confía la defensa de sus formas perfectas al prestigio de su propia hermosura; la historia que llama al rescate del tribuno su pléyade de varones ilustres; la súplica que conmueve; la ironía que apuñala; la imprecación que estremece; la sublimidad que arrebatada.

Jamás gozó Dionisos, oh palabra, una embriaguez semejante a la tuya en los festines espléndidos del rostrum! Cuando arrastrada por la gravitación irresistible de tu propia violencia llegas al ápice trémulo del delirio, los miles de almas de una multitud se convierten en una sola alma capaz, a un grito, de realizar el sacrificio heroico o de cometer el crimen sin perdón.

Cuán grande tu poder! Envuelto en blancas vestiduras, débil como una caña al viento, inerme como el infante recién nacido, un varón de paz se irgue contigo ante el poder de Atila. Sobre la llanura atónita se extiende como un trépal de acero la muchedumbre de las lanzas y los corceles piafan impacientes, áridos contra su querer los cascos

que se humedecieron de sangre. Y el varón de paz apela a ti, su única arma, y grita al monarca de hierro y de homicidio: **DETENTE!** Y he aquí que el tragal de acero se disipa como barrido por el viento, los corceles regresan a la estepa y allí, donde no crecía la hierba, brotan flores y espigas, y en la brumosa lejanía se alzan indemnes hacia el cielo las basílicas de mármol.

Sin embargo, tú, palabra del hombre, eres apenas la imagen esfumada de la palabra verdadera.

Encima de ti está el Verbo.

Aquel que significa todo lo significable. Que encierra en si mismo todo conocimiento; que es misterioso por ser la razón de todos los misterios; cuya esencia consiste en existir; que no fue ni será porque es siempre; que es compendio sin tener partes; acto sin potencia; poder sin límites; sabiduría sin orillas; luz de su propia lumbre; primera y última causa de todo cuanto existe; que es en el Padre, y se expresa en el Hijo y se ama en el Espíritu; Aquel cuyo nombre verdadero se guarda en un libro de siete sellos; Aquel que tú, palabra, intentas en vano describir.

Porque, antes que la palabra, en el principio era ya el Verbo.